

## «Final de Feria»

Carta abierta a los miembros de la Comisión de Pequeñas Editoriales de la Asociación de Editores de Madrid

Estimados colegas:

Ha concluido la octogésima Feria del Libro de Madrid. Antes de echar el cierre a nuestras respectivas casetas, los feriantes aplaudimos de forma espontánea las palabras de despedida que el actor Aitor Tejada –la «voz» de la Feria– leyó en nombre de la Organización. Se nos agradecía, de forma subrayada, el esfuerzo realizado por todos: organismos oficiales, librereros, editores, distribuidores y autores. No era para menos: estamos todos de acuerdo en que ha sido una Feria dura y atípica. ¿Nos ha pillado por sorpresa? No, desde luego. Sabíamos, desde mucho antes de que comenzara, que esta Feria no iba a ser como las anteriores; sabíamos del duro trabajo y el esfuerzo casi titánico –el de personas concretas y el de organismos, gremios e instituciones– que ha supuesto sacarla adelante. Y, pese a los malos pronósticos, muchos de nosotros decidimos participar. Estábamos informados puntualmente de que las condiciones no iban a ser las mismas que en ediciones anteriores: cambio de fecha y limitación de aforo; y teníamos en mente los nuevos condicionantes que afectarían al resultado económico de esta edición: la vuelta de vacaciones y el comienzo de curso. Por no hablar de la amenaza permanente del virus y su posible impacto, viral o psicológico, en la Feria. En definitiva, con todo en contra, sabíamos que se iba a vender menos... Pese a ello, muchos de nosotros pensamos que merecía la pena luchar por esta feria, y dimos el paso adelante. Otros no lo hicieron –es legítimo–, y prefirieron no participar en la aventura; no es de recibo, en cambio, que en su momento ridiculizasen en entrevistas a los medios nuestra postura, llegando a utilizar palabras gruesas y groseras, con una evidente falta de respeto, no sólo por las editoriales y librerías que finalmente participábamos y asumíamos conscientemente el riesgo, sino por la propia institución y dignidad de la Feria. Por nuestra parte, se trataba, en efecto, de correr el riesgo y aceptar con deportividad lo que viniese, incluso los malos resultados económicos, más que previsibles. El objetivo, que no se engañe nadie, no era vender más, sino salvar la Feria y defender con profesionalidad nuestro lugar dentro del este ecosistema. Para los pequeños editores, el caballo de batalla era mantener nuestra presencia, nuestra visibilidad, no sólo con la participación individual, sino mediante acciones colectivas y de grupo, en defensa de la bibliodiversidad. Así, desde la Comisión de Pequeñas Editoriales, bajo la supervisión y desinteresada dedicación de Paulo Cosín, se abordaron distintas iniciativas a lo largo de estos 17 días, entre las que destacaron el Comunicado de prensa sobre el grupo de editoriales pequeñas e independientes presentes en la Feria –donde se subrayó la indiscutible y rica aportación que suponen «los otros libros», esos que construyen el edificio de nuestros catálogos, a la oferta editorial de la Feria, la cual engrandecen–; así como la convocatoria del Día de la Bibliodiversidad y la famosa cita a la foto de grupo, a la que asistimos muchos menos de los que hubiese sido de desear. Todo ello se completó con una campaña en redes sociales –a la que a todos se nos invitó a participar– para mostrar qué significaba para nosotros esta Feria del Reencuentro. Porque era y ha sido la Feria del Reencuentro: la de encontrarnos con nuestros fieles lectores y compradores, y donde darnos a conocer a otros nuevos. A esta cita, desde luego, no podíamos faltar. Desde Fórcola asumimos el reto ya desde la primera convocatoria, a primeros de año. Primero con muchas dudas,

como muchos de vosotros, aceptando lidiar con serias incógnitas por resolver, pero conscientes de nuestro grado de responsabilidad y compromiso con el sector editorial y la cultura de nuestra ciudad, nuestra Comunidad y nuestro país. Bien: quien diga que no estábamos avisados, o miente o se engaña. Las cosas han ido como cabía esperar: hemos vendido menos, efectivamente. Cada uno, que cuente cómo le fue. Quizá habría que hacer algo de autocrítica y que cada uno valorase cuánto ha vendido menos no tanto por la ubicación de la caseta (algo ciertamente irrelevante en esta edición, pese a lo que algunos insisten en quejarse) como en función de las propias habilidades y dotes comerciales de venta. Esta Feria nos ha puesto a prueba a todos, y nos ha exigido agudizar el ingenio. Algunos de vosotros estáis contando vuestra versión/visión de la Feria, de forma más o menos lúcida, más o menos afortunada, pero habría que valorar si lo estáis haciendo en beneficio personal o pensando en el interés común de la bibliodiversidad, de la Comisión de Pequeñas Editoriales y de la edición independiente en general. Incluso, en las últimas horas, está circulando un comunicado de las autodenominadas EEE (Editoriales del Espacio Experimental) que han convertido sus «reclamaciones» en una especie de cruzada contra la persona del director de la Feria, lanzando titulares y proclamas de trazo grueso, pero olvidando premeditadamente algunos detalles significativos; entre otros, que las denominadas «islas» no estaban diseñadas para penalizar a los pequeños editores, sino para dar cabida a los que no entraban –por la dura restricción del espacio marcada por el Ayuntamiento de Madrid–, o que no sólo estuvieron ocupadas por editoriales sino también por organismos oficiales. Podríamos no estar de acuerdo con las medidas sanitarias, que limitaron el aforo; pero era una normativa impuesta por la Consejería de Sanidad de la CAM que había que cumplir. Aquí se puede hacer toda la demagogia que queramos, pero la ley está para cumplirla. Aún con todo, se lidió con la organización y con las autoridades (que en esto pesan, y mucho), y se fueron resolviendo, con buena voluntad, profesionalidad y de forma puntual los colapsos generados por las famosas colas, tanto las de firma de escritores como las de *groupies* y *selfies* para famosos de distinto pelaje. Me quedo con la positiva imagen de esas interminables colas de lectores que querían entrar en el «recinto» (algún periodista, que va de ingenioso, lo ha bautizado, con muy mal gusto, una flagrante ignorancia, desprecio por la Historia y bastante miseria moral, como «gueto»). Y es que había ganas de Feria y de libros. Algunos visitantes no resistieron las horas muertas, y abandonaron descorazonados el intento de entrar; pero, al final, el que quiso entrar, pese a todo, entró, quizá otro día... y compró o (no nos engañemos tampoco, también existe esta tipología) simplemente paseó. Otros decidieron desistir o ni siquiera intentarlo: en esto, la prensa no nos ayudó mucho, asustando a la ciudadanía con esos titulares de brochazo gordo que tanto gustan al sensacionalismo imperante. No voy a entrar en el debate sobre las denominadas «casetas de las islas»: sólo sé que fue una medida adoptada por la organización de la Feria, con el acuerdo de la Comisión –donde estamos representados los tres gremios–, para dar cabida a decenas de editoriales que se hubiesen quedado fuera sin remedio de no ser así. Se pueden poner pegadas a todo, a la decisión, al procedimiento, y sacarle punta a cualquier argumento, pero de lo que no hay duda es: 1º que era mejor estar dentro que fuera; 2º que lo poco que se ha vendido es más de lo que llevamos meses sin vender; 3º que el objetivo último no era la venta, sino la presencia. Algunos colegas, decepcionados con los resultados económicos, han optado por el camino de la disrupción, la salida unilateral, el pataleo, el grito o la demagogia en todos los frentes (en redes, en la prensa e incluso en el whatsapp de la Comisión de Pequeñas

Editoriales). Estos colegas han convocado a una prensa mal llamada «cultural», que está sedienta de escándalo, de bronca y de polémica, para contar su versión de los hechos. Postureo, colorín, pingajo y hambre, que no genera debate y que sólo está produciendo ruido y crispación, alimentando a los carroñeros y distorsionando la realidad. Y lo que es peor: con esta actitud, que al público lector dejará, no lo duden, indiferente, lo que se está es perjudicando verdaderamente los intereses de los pequeños editores como colectivo, desdibujando nuestras aspiraciones y legítimas reclamaciones, y dañando seriamente nuestra imagen ante las instituciones, ante las que estamos perdiendo credibilidad a pasos agigantados según aumenta la bronca y pasan/pesan los titulares, a cada cual más disparatado y demagógico. Quizá a estos editores, que han alentado su ira de forma irracional en los medios, les estará yendo muy bien en términos de visibilidad mediática, pero con sus formas nos están haciendo un flaco favor a todos. Ojalá, la trepidante energía que están desplegando para mostrar su crispación de forma tan inútil y vacía, la hubiesen destinado mejor en colaborar durante la Feria para lograr hacernos más visibles como colectivo, como grupo relevante de la cultura de nuestro país y como sellos que aportan valor bibliodiverso en la Feria, durante 17 días, y en las librerías, durante el resto del año. Así, hubiesen sumado fuerzas, en beneficio de todos, al trabajo ejemplar que los responsables de medios y sus equipos, tanto de la Asociación de Librerías de Madrid (María José de Acuña), de la Asociación de Editores de Madrid (Loreto Hernández) como de la propia Feria del Libro de Madrid (Maica Rivera) han hecho por y para la bibliodiversidad. Por no hablar de la labor de dos personas muy concretas: en primer lugar, Manuel Gil, director de la Feria, que a lo largo de los últimos cuarenta años ha demostrado ser un profesional de altura en los distintos cargos y responsabilidades que ha ocupado en el sector del libro, y que se ha ganado el prestigio y respeto de colegas tanto a nivel nacional como internacional. Nos consta su dedicación a la Feria, que le ha exigido en los últimos meses un trabajo frenético de consensuar voces, aplacar fuegos, solucionar serios problemas y dar salida a esta octogésima edición que tenía todo en contra. El señor Gil no ha parado ni un minuto a lo largo de estos días, se ha personado en cada conato de incendio para solucionarlo, y ha atendido las peticiones de la Comisión de Pequeñas Editoriales en tiempo y forma... en la medida de sus posibilidades. Los ataques personales que está sufriendo por parte de colegas de profesión en los últimos días no sólo me avergüenzan como editor; además, me parecen injustos y de una bajeza moral inadmisible que no deberíamos consentir como profesionales del sector del libro. Se debaten ideas, se trabajan proyectos, se pactan soluciones, pero bajo ningún concepto debemos tolerar ataques personales y chistecitos de mal gusto y poca gracia, que entran ya en el terreno de la injuria y la ofensa al honor. Estoy asistiendo perplejo a una serie de *performances* que sólo puedo calificar de irresponsables, ridículas, inmorales y dignas de repudio. En su momento me reservaré el derecho a proponer la expulsión de la Comisión y de la AEM a quienes con sus actos lo único que están consiguiendo es denigrar nuestra profesión y producir un daño en nuestra Asociación que habrá que valorar en términos de credibilidad ante los medios y las instituciones. En segundo lugar, Paulo Cosín, quien preside nuestra Comisión de Pequeñas Editoriales y es miembro de la Comisión de la Feria. De forma desinteresada, dedicándole horas que ha tenido que «robar» a su propio trabajo en Morata, Cosín ha realizado un trabajo impecable antes y durante la Feria, en defensa de los intereses de los bibliodiversos. Más que merecido, por tanto, el Premio Lealtad que le ha concedido la Feria: un profesional leal a su legado como editor y leal, también, al gremio en el que

nos representa a todos los pequeños. Ojalá TODOS estuviésemos trabajando con él codo con codo, cada cual según sus posibilidades, para que nuestra imagen, presencia e impacto en la sociedad fuesen creciendo y no retrocediendo, como está siendo el caso. Algunos editores «ofendidos», en un alarde jacobino extemporáneo, hasta han pedido que rueden cabezas, precisamente la del director de la Feria, culpabilizándole y haciéndole responsable de todos sus infortunios. La ignorancia es atrevida: ojalá el ímpetu demostrado en estos tres últimos días por insultar, denigrar y armar ruido se dedicase a ayudar mejor a nuestro gremio, a participar más en las comisiones de trabajo y en conocer mejor los entresijos, siempre complejos, de la Feria del Libro de Madrid. ¿Con qué propósito? Insisto: no por la ganancia personal o unilateral, sino en beneficio de todos. Juntos somos y seremos más fuertes... y visibles. Frente a tanto ruido vacío, otros editores, a los que nos ha ido también mal en términos de venta, preferimos en cambio abordar una tarea algo más útil: es hora de hacer autocrítica y aprender de los propios fallos y errores, de imaginar nuevas estrategias de venta para la próxima edición, o de plantearnos planificar antes y mejor nuestra estrategia de comunicación para la Feria. De momento, de lo que no hay duda es que de los datos objetivos se puede aprender mucho. Aquí les dejo nuestros datos, comparados con los de la Feria anterior.

Datos comparativos	Feria 2019		Feria 2021	
Ejemplares vendidos	409		315	[-23%]
Títulos disponibles	135		165	
Títulos diferentes vendidos	70	[51%]	65	[39%]
Ventas con tarjeta	61,92%		82,09%	
Total de ventas			-24,36%	

En Fórcola hemos vendido un 23% menos de ejemplares. Las ventas totales han sido un 24,36% por debajo de la anterior edición de la Feria. También han descendido el número de títulos diferentes vendidos, y su porcentaje respecto a los títulos vivos en catálogo. Las ventas con tarjeta de crédito han aumentado un 20%, lo cual es un dato muy significativo sobre los hábitos de consumo de los lectores.

Con estos datos en la mano, desde Fórcola ya estamos trabajando para que nuestra presencia en la próxima 81ª Feria del Libro de Madrid sea mejor, más competitiva, más eficaz y profesional. Porque de eso se trata: de que seamos profesionales.

Les invito desde esta carta a que hagan autocrítica también. No es tan difícil. No sólo con los datos de ventas en la mano, en término cuantitativos. Toca ahora, también, valorar nuestra participación personal y profesional en la Feria en términos cualitativos. Así que pregúntense: ¿Qué hice por el Día de la Biodiversidad? ¿Cuál fue mi aportación, por pequeña que fuese, a dar brillo a la biodiversidad y hacer visible el trabajo de la pequeña edición independiente en la Feria? ¿Respondí a las convocatorias que me enviaron desde los equipos de prensa?

Tenemos, como colectivo y como gremio, los cauces suficientes y eficaces para hacernos visibles como grupo, para poner en valor nuestro trabajo, para dignificar nuestra profesión, y para defender el papel y el peso que debemos y queremos ocupar en la próxima Feria del Libro de Madrid. Las prácticas egoístas, insolidarias y unilaterales de

estos días protagonizadas por algunos de nuestros colegas no son de recibo. Y lo que es peor, están debilitando nuestra presencia en el sector y en la sociedad, minando nuestra credibilidad ante las instituciones municipales y comunitarias, además de perjudicar seriamente las relaciones, siempre difíciles y reto permanente, con nuestros colegas librereros. Desde aquí las denuncio, por tanto, porque son unas prácticas que sólo consiguen hacernos más débiles, precisamente lo contrario que queremos. Apelo, pues, a su conciencia, a su profesionalidad y a su generosidad. Juntos, repito, somos y seremos más fuertes.

Un cordial saludo

Javier Jiménez

Director de Fórcola

En Madrid, a 29 de septiembre de 2021